

Edición N° 56 - diciembre 2009

Identidad y alienación en trabajo social, en un contexto de reformas sociales, desprofesionalización y proletarización

Por Claudia S. Krmptic

Claudia S. Krmptic. Investigadora CONICET en el CAEA (Centro Argentino de Etnología Americana).
Profesora en las Universidades Nacionales de Buenos Aires y de La Matanza.

Identidad, desprofesionalización y en menor medida, alienación y proletarización, sintetizan cuatro apelaciones que desde diversas experiencias los profesionales del Trabajo Social, presentan como coordinadas de la actual coyuntura. La participación en una defensa de Tesis de Maestría a comienzos del corriente año estimuló mi nuevo acercamiento a la cuestión, al tiempo que me permitió recuperar algunos trabajos previos publicados y no publicados. **-1-** Por lo tanto, el texto procura básicamente volver a llamar la atención en torno de la relación entre identidad y alienación, incorporando nociones como las de proletarización y desprofesionalización para describir las condiciones del ejercicio profesional. Aquí el desarrollo es conceptual, aunque a través de las referencias utilizadas accedemos a datos empíricos ya procesados.

Sin lugar a dudas la identidad emerge como problema cuando las fuentes tradicionales de sentido se hallan en deterioro o en proceso de integrarse a una nueva imagen del mundo. Y esto efectivamente ocurre al menos en torno de algunos marcadores básicos:

a) el incremento de la desigualdad social que invalida las estrategias: no hay herramientas para la gestión eficaz de los conflictos sociales, cuya combustión se aviva con la individualización y la fragmentación social. Asistimos a una desmaterialización de los derechos sociales y económicos, que apenas logran concretarse en la cuestionada política de 'mínimos sociales', y con un Estado remercantizador y gerencialista que modifica las condiciones de producción del Trabajo Social;

b) aquello que observadores como Donzelot y Roman (1998) señalan como las razones de la perturbación de los asistentes sociales: el desempleo masivo y la nueva marginalidad que interpelan a una profesión consolidada alrededor de la tarea de acercar a las personas al mundo del trabajo. El acompañamiento social que antes funcionaba ahora enfrenta el malestar; la pérdida de credibilidad en el accionar profesional aumenta y se erosionan las bases de la autonomía profesional fundada en una expertez que definía un cierto monopolio de la acción social;

c) la constatación de un conjunto de nuevas 'profesiones y/o gestores sociales' que han aparecido en los últimos años, que reflejan la generación de saberes 'mestizos' en personas con cualidades de liderazgo llamadas a ocupar funciones de mediación **-2-** entre los habitantes de zonas urbanas desfavorecidas (de las cuales muchas de estas personas proceden) y las instituciones de integración social (escuelas, justicia, policía, programas de vivienda social, capacitación, etc.) en una práctica aprendida en el marco de las múltiples negociaciones de las que participan;

d) el problemático estado del conocimiento en la profesión, cuyas bases provistas por las

ciencias sociales se mantienen en un nivel de indeterminación tal, que deben ser permanentemente negociadas entre los diversos actores profesionales y no-profesionales involucrados en la acción social; cuando el conocimiento pierde centralidad, constituye un factor significativo en el tránsito hacia la desprofesionalización del Trabajo Social; y

e) la crisis y reorientación de las instituciones de bienestar aportan lo propio a las mutaciones antes señaladas en la medida que constituyen para los Trabajadores Sociales fuente de significados. El reconocimiento social de aquellas como espacios de ‘solución permanente’ a problemas en una colectividad dada, implicó un proceso de internalización de valores y su objetivación en productos esperados; y aún cuando este desarrollo fuera conflictivo, se movía bajo ciertas reglas de juego que respondían a las expectativas de sus actores. Así habría consenso en afirmar que la actual configuración de los servicios sociales bajo la lógica de los cuasi-mercados parece definir con bastante realismo lo que acontece con los puestos de trabajo profesionales.

Sudamérica comparte rasgos globales aunque en el contexto de su colonialidad y de los particularismos de sus sociedades multiétnicas y pluriculturales. Muestra logros en modernización e innovación tecnológica aunque no en desarrollo social. Las políticas sociales se concentran en acciones asistenciales orientadas hacia la reducción de la pobreza. La tensión entre ‘estado penal’ y ‘estado post-social’ parece resolverse -como en los países centrales- hacia el control social y la focalización en lugar de la prevención y la restitución social de sujetos de derechos. Se afianza el proceso de individualización de los problemas sociales, reemplazando la necesidad y la responsabilidad colectiva por una lógica del riesgo.

Al respecto dos textos resultan ilustrativos de los cambios a los que aludimos. Le Grand (2003) por un lado proyecta unos servicios sociales públicos que emplean mecanismos de mercado pero controlando que el interés particular no domine las motivaciones altruistas, y aceptando de esta manera la crítica de Titmuss (1997) al respecto en su último material editado. Argumenta que si los sistemas de cuasi-mercados están diseñados apropiadamente ‘empoderan’ a los usuarios contra los eventuales abusos de los proveedores como de otros usuarios privilegiados, permitiendo alcanzar logros en el bienestar (en una individualista sociedad del riesgo) sin la necesidad de recurrir al intervencionismo autoritario típico de los modelos neo-keynesianos.

Mientras tanto Kemshall (2002) pone en duda tales avances aunque en otros términos, entendiendo que el modelo del riesgo está aún muy lejos de reemplazar a las necesidades como principio rector en la organización de servicios sociales. Analizando programas de promoción de la salud, protección de la niñez y salud mental advierte que los actuales abordajes utilizan el modelo del riesgo para focalizar en determinados individuos la asignación de recursos en la medida que involucre posibles daños para sí mismos o terceros. Pareciera que la responsabilización es el precio que hay que pagar por la ciudadanía y la inclusión. Individuos y comunidades deben ser responsables por la generación y el uso prudente de sus recursos de bienestar, en un giro de la solidaridad social hacia el control y la disciplina, y a un management de la diversidad.

I. La identidad profesional y sus múltiples determinaciones

El abordaje del problema de la identidad se ha planteado en términos reduccionistas y excluyentes como se pone de manifiesto en la literatura que ha llevado a debate la cuestión. Como señala Meneghetti en su tesis (2009) podemos advertir posiciones de cuño subjetivistas junto a otras de carácter macrosocial y estructural. A partir de las dos producciones más significativas como las de Martinelli (1989) y Gentilli (1998) podemos trazar un ajustado cuadro de situación. En apretada síntesis, para Martinelli el Servicio Social ya surge históricamente con

una identidad atribuida (por el capitalismo, la clase burguesa, el Estado, la Iglesia), la cual expresa una síntesis de las prácticas sociales burguesas y de los mecanismos producidos por la clase dominante para garantizar la consolidación del sistema capitalista. Esa identidad está ‘condenada’ a producir prácticas alienadas y alienantes (como veremos un poco mas adelante).

Por su parte y en una dirección totalmente diferente, Gentili en lugar de la unidad y la hegemonía, apuesta a la diversidad y la pluralidad; en lugar de una historia de la profesión, se concentra en el proceso de trabajo actual. Considera que el Servicio Social es mucho mas complejo, plural y diversificado de lo que piensa la literatura profesional -centrada en los procesos políticos mas generales-, sobre todo al observar las mediaciones sociales y organizacionales que acontecen en el plano de las relaciones de trabajo. Su estudio evidenció la existencia de una ‘realidad profesional desgarrada’ por diversas manifestaciones concretas de la práctica profesional, y por la pluralidad de las representaciones de los asistentes sociales. Para la autora el núcleo identitario del Servicio Social tiene como base material el propio proceso de trabajo profesional: es del proceso de trabajo que resulta la identidad de la profesión, y es allí donde la identidad es sustentada. Esta es resultado de una interacción dinámica entre el mercado de trabajo y las representaciones que recrean las organizaciones profesionales y académicas, las que construyen puntos de referencia para la organización de los discursos básicos de la profesión.

Visto así las cosas, ya señalamos en otro lugar la importancia de la tarea dirigida a superar los reduccionismos. Ello nos impone el desocultar los componentes o factores que puedan identificarse como estructurantes de la identidad profesional desde sus múltiples determinaciones (Krmptotic, 2002). Si bien los elementos que ahora se presentan son parte -en algunos casos- de explicaciones bastante usuales, entendemos que el sentido del esfuerzo está en construir una matriz analítica que permita relacionar dichos elementos, a fin de dar cuenta de las restricciones más también de las posibilidades de dichas articulaciones.

A fin de desandar la cuestión, entendemos que la identidad profesional puede concebirse como resultante de:

1. una trayectoria definida a partir de los orígenes de la profesión, en la interfaz de predecesores y sucesores.
2. la definición de una especificidad profesional bajo las coordenadas del Estado social o de bienestar con el despliegue de los mecanismos de regulación estatal.
3. del papel que juegan los mecanismos de regulación profesional en la construcción y sostenimiento de un núcleo identitario.
4. los encuentros intersubjetivos a través de los cuales se internalizan un conjunto de saberes, habilidades y principios, y que luego de objetivan en las acciones profesionales.
5. del grado de concientización y asunción del carácter femenino de la profesión en la creación de una autoimagen profesional.
6. de las formas de resolución de los conflictos de legitimidad, como de control de las divergencias y de renovación.
7. de las formas en que se ha asumido la autonomía profesional y el sentido de la expertez como criterio básico de distinción en el conjunto de prácticas sociales.

Reflexionar sobre un Trabajo Social activamente integrado a la dinámica social implica considerarlo desde dos ángulos indisociables e interdependientes:

a) como una realidad vivida y representada en la conciencia de sus agentes, y que se expresa a través del discurso teórico, ideológico y de sentido común sobre el ejercicio profesional, y

b) como una actividad socialmente construída y determinada por las circunstancias sociales que imprimen una cierta dirección social. Ambos planos constituyen una unidad contradictoria, pudiendo ocurrir «*un desencuentro entre las intenciones del profesional, el trabajo que realiza y los resultados que produce*» (Yazbek, 1999).

En otro orden, la relación entre finalidad, proceso de trabajo y producto resultará clave para comprender los conflictos de la práctica profesional, y las diversas formas de crisis de sentido y alienación. Por su parte, la perspectiva de los beneficiarios y sus interpretaciones desde una 'lógica de la práctica' agregan contenidos a la cuestión de la identidad y sus malestares, siendo una dimensión no siempre cabalmente considerada -más allá de lo discursivo- en tanto condición esencial para la existencia de la profesión.

II. Formas de pensar la alienación

Concentrarnos en el aspecto de la alienación en la práctica profesional, implica definirla con recursos teóricos pero sin perder de vista el proceso concreto de trabajo. Esta ya es una primera dificultad pues como ha señalado De la Fare (1999) en la literatura profesional se tiende a asimilar 'intervención' a 'metodología' lo que deriva en un implícito modelo de acción teleológica y carácter tecnológico, circunscripto a la relación medio-fines. Al respecto sostenemos que la intervención supone un trabajo de carácter socio-técnico, colectivo y complejo, inscripto en la división social y técnica del trabajo y cuya reproducción depende de su utilidad social y de la capacidad de dar respuestas a las necesidades sociales (Iamamoto, 1998).

El carácter de colectivo y complejo dice de unos resultados que no dependen exclusivamente del trabajador social pues también se identifican con la finalidad de la institución en la que trabaja; son por lo tanto atribuibles a la propia organización burocrática, a otros especialistas que allí se desempeñan y a los propios usuarios, por lo que difícilmente pueda concretarse según modelos pre-establecidos siendo su producto en ese sentido incierto (justamente por ser concertado colectivamente). Reúne en tres esferas, una competencia técnico-operativa, una competencia teórica que da sentido a las capacidades instrumentales para operar en la realidad social, y una competencia ético-política. Asimismo, somos una profesión definida por el usuario, procurando abarcar la mayor cantidad posible de situaciones que aquellos enfrentan. Esto implica que los problemas que tratamos y los límites de nuestra intervención están determinados por nuestra capacidad de abordarlos.

Desde esta posición resulta crítico advertir que el contexto institucional tiende a ser visto por momentos como externalidad, y en otros definiendo y por tanto condicionando el rol profesional. En la medida que el vínculo con el usuario no puede ser aislado, cabe aceptar que dicha relación constituye sólo un fragmento de una intervención más amplia, la institucional. Todos, agentes institucionales como usuarios participan de otras prácticas, pertenecen a diversos grupos y estratos sociales, comparten diversas creencias, etc. que se entrecruzan en el encuentro, los diálogos y confrontes mantenidos entre quienes operan en ese espacio institucional. Así tampoco podemos despojarnos de nuestras emociones: el trabajo profesional debe pensarse sin disociaciones, y ello implica aceptar que además del salario hay implicancias emocionales.

Para trazar un mapa de la cuestión, el texto de Martinelli antes citado constituye un buen punto de partida. Allí se establece el vínculo entre identidad y alienación en la medida en que los problemas de identidad resultan en fuente de alienación. Si la identidad se construye en el trabajo, entonces la conciencia (apropiación) que se tenga sobre nuestro quehacer es fundamental. Si por el contrario el profesional no se identifica en la tarea que realiza, no encuentra sentido ni reconoce sus cualidades contradictorias, entonces tendremos una práctica alienada y alienante. Claro que en esta perspectiva la alienación es consecuencia del modo de producción capitalista, así que la alienación profesional es considerada en analogía con la noción de trabajo alienado. En este sentido alienación es el proceso social por el cual los hombres en su reproducción, producen su propia deshumanidad, su propia negación, sin poder reconocerse o apropiarse de los objetos o relaciones que ellos mismos crean. No sólo se asocia con frustración e insatisfacción personal en el trabajo sino además con sometimiento.

Se le atribuye a la mercantilización (capitalista) la capacidad o la eficacia simbólica -en términos de Bourdieu (2009)- para perpetuar unas condiciones de reproducción que aparecen como moralmente legítimas: como señaló Elster (1992) en lugar de motivar la rebelión y la resistencia, erosiona dicha motivación. En este escenario la alienación penetra en la conciencia de los agentes profesionales impidiendo a estos estructurar una conciencia social (que en esta perspectiva es conciencia política). Movimiento acumulativo en el que una identidad desarticulada fragiliza la conciencia social. La forma de salir de este círculo perverso es en analogía con la clase trabajadora, avanzando de la condición de clase a la conciencia de clase, asimilando la profesión con una práctica política y social auténtica, es decir, al servicio de los dominados.

Esta visión deja fuera cualquier consideración de la identidad en términos de elaboración subjetiva y su estructura argumental es lineal. Si lo analizamos desde un abordaje psicosocial la alienación en vista como un proceso que transita por distintos estadios, caracterizados primero por un sentimiento de impotencia lo que se traduce luego en la pérdida de la capacidad para comprender el sentido de la intervención en una situación dada. Eso conlleva un retraimiento, un repliegue que fortalece actitudes extremadamente individualistas, hasta llegar a un estado de alienación propiamente dicho con la pérdida del significado general del acto de trabajo -3-.

Puesto así tampoco es del todo correcto pues, en la perspectiva interaccionista la interiorización (subjetiva) es siempre intersubjetividad entre sujetos que no están aislados, sino que permanentemente entablan intercambios desde posiciones sociales y habitus. Aquí el significativo aporte de Bourdieu sobre lo que -por cierto- no ampliaremos en esta oportunidad.

Ahora que queremos decir cuando se ve afectada la conciencia, o mejor dicho ¿para que sirve la conciencia? La toma de conciencia en determinadas experiencias implica un proceso de selección de unas vivencias en lugar de otras. Estas vivencias -producto de acciones- se agrupan alrededor de determinados principios. Estos son mecanismos de transmisión de probabilidad y apoyo que van desde datos o casos hasta juicios y predicciones acerca de nuevas observaciones o casos desconocidos o menos ciertos (Nozick, 1993).

Estas generalizaciones sirven al menos a tres funciones:

a) intelectuales, ofreciendo argumentos y justificaciones ante los otros, los que ayudan a someter a test el propio juicio y así robustecerlo;

b) interpersonales, en la medida que permiten predecir aspectos de nuestra conducta, facilitando las interacciones, el trámite social y los propios proyectos personales; pues se presupone

que toda persona dotada de principios se atenderá a ellos aún cuando se vea inducida a desviarse; y

c) personales, pues los principios constituyen vías para que una persona pueda definir su identidad, alcanzar seguridad ontológica, sentimientos de integridad y coherencia interna. En esta perspectiva conceptos-clave como conciencia, vivencias, experiencias y principios permiten dar sentido a la práctica profesional.

Ahora claro, advirtamos que de lo que se trata cuando pensamos en la alienación es de una 'falta de percepción de sentido', que no es lo mismo que una 'falta de sentido', ya que sólo el sentido ofrece motivaciones para la acción. El sentido para actuar es un elemento básico pues la conciencia es siempre 'conciencia de algo'; son los significados que definen el límite de lo posible para cada singular; lo posible en términos de Schutz (1974), esto es, espacio flexible y poroso en el que se 'padece lo impuesto y se decide hacer lo disponible'.

También la alienación puede ser concebida como una falta de autorrealización, definida esta como la actualización y exteriorización plenas y libres de las capacidades de la persona; aún cuando no sea estrictamente plena (pues el potencial es infinito) debe ser necesariamente libre, siendo incompatible con la coerción. Es decir que uno se autorrealiza más también posee el deseo de autorrealizarse **-4-**. Perspectiva que se nutre del planteo aristotélico de transformación de una 'potencialidad en acto' (actualizando ese potencial y desplegándolo), como del planteo hegeliano de 'autoexteriorización', proceso por el cual la capacidad del individuo se hace observable, situándose en el dominio público con los riesgos y beneficios que ello conlleva.

Finalmente la alienación puede ser pensada en el ámbito más restringido del proceso de toma de decisiones, lo que involucra una reflexión en torno de la autonomía profesional. Desprofesionalización y paternalismo han sido los indicadores más señalados para dar cuenta del problema de la alienación y la autonomía profesional. Como la autonomía es definida según los parámetros de las dos primeras profesiones, es decir la medicina y el derecho, ello implica un rango de competencias determinadas, expertez que debemos acreditar con eficacia en el campo de la resolución de problemas sociales. De esta manera un profesional es aquel quien de manera fiable ofrece a sus usuarios (empleadores como asistidos) una determinada expertez. Asimismo ofrece garantías en virtud de su código de ética que hace que las personas o los grupos continúen solicitando los servicios profesionales; pero claro que el medio institucional -en donde se enmarca el proceso de trabajo- puede ofrecer obstáculos o incentivos al no cumplimiento de las expectativas sociales. De modo que habrá ajustar la autonomía a un espacio de negociaciones permanentes, que el CELATS (1986) en aquel texto sobre La Práctica del Trabajador Social caracterizara con propiedad al describir las relaciones entre los agentes de la práctica profesional: institución-trabajador social-usuario.

III. Desprofesionalización y proletarización

Frente a los cambios por los que atraviesa la sociedad post-industrial y el Estado post-social, los analistas advierten los primeros ajustes y transformaciones que sufrirán las profesiones. La literatura analizada ofrece al menos dos perspectivas:

a) los que sostienen la 'tesis de la desprofesionalización' (Haug, 1975) por la cual, aún en una sociedad caracterizada por una clase técnica y profesional preminente, en la que el conocimiento es la fuente principal de poder (de un grupo de elite, humanitario y minoritario) se sugiere una contra-hipótesis que proyecta un futuro desprofesionalizado.

Los efectos combinados de la acción de los usuarios y de la tecnología generarían un contraprocés de desprofesionalización que envuelve, en primer lugar, una erosión del monopolio del conocimiento profesional. Las profesiones estarían perdiendo el control sobre su dominio de conocimiento con una disminución en su autonomía y autoridad profesional debido a tres factores fundamentales: un aumento de los niveles educacionales y de la sofisticación de un público exigente; la ‘computadorización’; y las nuevas divisiones del trabajo en campos profesionales. Una desprofesionalización también incluye la pérdida de confianza en la imagen humanitaria de los profesionales con un giro significativo: los profesionales serían responsables por sus acciones ante el público usuario no ya ante sus pares, a través del emergente concepto de ‘responsabilidad pública’; y

b) quienes argumentan en favor de la ‘tesis de la proletarización’ analizan las circunstancias del trabajo profesional con base en la teoría marxista, desde la cual se interpreta que el capitalismo reducirá, virtualmente, a todos los trabajadores al status de proletariado, dependiendo de la venta de su trabajo para sobrevivir y sin control sobre el proceso de trabajo. De esta manera el trabajo alienado se halla también en el propio sistema gerencial en la medida que las distinciones entre trabajo intelectual y manual se tornan difusas. En un comienzo la oficina era el lugar del trabajo intelectual (la concepción) y la fábrica el lugar del trabajo manual (la ejecución).

Sobre el mismo ejemplo, hoy día una computadora actúa como instrumento de mecanización, y el sistema automático de procesamiento de datos se asemeja a los sistemas automáticos de producción (Braverman, 1987). Desde esta interpretación se sostiene la idea que los profesionales se tornan en un nuevo proletariado, pues la salarización implicaría la pérdida de ciertos privilegios y su aproximación -en términos de actitudes, valores y comportamientos- al mundo de los operarios. Así un aumento en la relación de dependencia (y disminución de la actividad liberal) -5- daría como resultado una proletarización técnica, con la pérdida del control sobre el proceso de trabajo, e ideológica en la expropiación de valor sobre el producto del trabajo (Rodrigues, 2002).

Por su parte, otros estudios que analizan las transformaciones organizacionales a partir de las últimas reformas sociales y el establecimiento de la lógica de los cuasi-mercados en los servicios sociales, advierten una consolidación del dominio del Estado sobre la profesión. Algunos utilizan la expresión en inglés ‘bureau-professionals’ para definir a los trabajadores sociales del nuevo modelo gerencial del Estado. Así, un profesionalismo mediado por el Estado o burocrático no se presenta como un buen prospecto en términos de autonomía y si en cambio de desprofesionalización. La buena gestión y captación/desarrollo de recursos, los indicadores de desempeño, la planificación por objetivos, los esquemas de evaluación, los meetings de monitoreo, etc. forman parte de un nuevo lenguaje en los servicios de ayuda social, al tiempo que redefine roles laborales más allá de las titulaciones y disciplinas.

En el nuevo management asistencial se ofrecen ‘paquetes’ de servicios asistenciales (con una diversificación de servicios y la distinción entre productores, compradores, intermediarios y proveedores) mientras la intervención profesional se transforma en un proceso que valora el número de personas que pasan satisfactoriamente por el sistema en lugar de la calidad de la experiencia de esos usuarios. Los profesionales expresan nostalgia, una ‘nostalgia paradójica’ describen May y Buck (1998) en alusión a las ‘viejas prácticas’ donde existían ‘esferas de discrecionalidad’ fundadas en la autonomía profesional: en ese sentido señalan que más bien se añora la posibilidad de creatividad perdida, olvidando en parte los constreñimientos en el funcionamiento de aquellas anteriores estructuras jerárquicas y centralizadas.

Conclusiones

A diferencia de un modo causal de analizar las cosas, los cuatro elementos en juego en este texto se convierten en disposiciones para encaminar diversas trayectorias. No hay juicios de valor implícitos detrás de cada uno de ellos, es decir, no sabemos si la proletarización será buena o mala para la profesión, o si la desprofesionalización nos conduce al fracaso y a la desaparición del Trabajo Social tal como lo conocemos en su genealogía; sí en cambio sus interacciones pueden explicar coyunturas, revelar vínculos hasta ahora inadvertidos, ampliar significados y esquemas analíticos y anticipar futuros alternativos.

Lo que sostenemos es que como parte de las ciencias sociales y por tanto del *modus operandi* de la modernidad (Santos, 2001), somos pieza fundamental para aquel proyecto de organización y control sobre la vida humana bajo la guía segura del conocimiento y de un Estado garante de su organización racional -6-. Claro que en América Latina, las ciencias sociales se construyeron a partir del imaginario colonial que impregnó desde sus orígenes todo su sistema conceptual, reflejado en la afirmación «*al comienzo todo era América*», es decir, todo era superstición, primitivismo, lucha de todos contra todos, barbarie. El saber ilustrado se impuso con violencia, con argumentaciones basadas en una codificación binaria y encontrando en la naturalización una forma expresa de imponer legitimidad. Si bien ello nos ha permitido excluir con rigurosidad metódica tautologías y paradojas, al mismo tiempo ha presionado hacia la subordinación de uno u otro elemento; dicha lógica reprime las diferencias, explicando la tendencia hacia los reduccionismos a los que nos llevan los pares dicotómicos (individuo-sociedad, Estado-sociedad civil, público-privado, utilidad-significados, micro-macrosocial, mente-materia, autonomía-bienestar, etc.).

Como resultado de ese extenso y tumultuoso recorrido, cuando analizamos la base de conocimiento en Trabajo Social como fuente de alienación puede ser que cometamos un error: quizás nuestros deficits no radiquen en la falta de un marco teórico propio, vacancia que hay que llenar con cursos y contenidos, sino mas bien en la ausencia de integración de los saberes y su aplicación oportuna y flexible a las circunstancias que producimos en el vínculo con los otros.

Así también enfatizar sobre la carencia oscurece la mirada sobre lo que somos; no resultaría en vano cuestionar esa ya clásica visión de pensar la profesión al servicio de los sectores dominantes (colocando en aquellos la perversidad de la dominación) para pensar en cambio que constituimos ‘un cuerpo de dominados entre los dominantes’, de modo que la subalternidad debe pensarse tanto en los ‘otros’ como en ‘nosotros’.

Abordar las hibridaciones, las intersecciones, los grises; entiendo que por allí puede abrirse una vía de análisis aún no desandada para comprender la relación entre identidad y alienación.

Referencias bibliográficas

BOURDIEU, Pierre (2009) *La eficacia simbólica. Religión y política*, Biblos, Buenos Aires

BRAVERMAN, Harry (1987) *Trabalho e capital monopolista: a degradação do trabalho no século XX*, LTC, Rio de Janeiro

DE LA FARE, Mónica (1999) «La Intervención Profesional de los Trabajadores Sociales como Práctica Comunicativa. Investigación exploratoria». Dissertação de Mestrado em Serviço

Social. Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, Brasil.

DONZELOT, Jacques y Joel ROMAN (1998) «¿A quoi sert le travail social?», Revista Esprit, N° 11.

ELSTER, Jon (1992) *Una introducción a Karl Marx*, Siglo XXI, Mexico

GENTILLI, Raquel (1998) *Representações e práticas: identidade e processo de trabalho no serviço social*. Veras Editora, São Paulo

HAUG, M. R. (1975) The deprofessionalization of everyone? *Sociological Focus*, Cincinnati, V. 8, N° 3 Disponible en <http://www.periodicos.capes.gov.br>

IAMAMOTO, Marilda (1998) *O Serviço Social na contemporaneidade: trabalho e formação profissional*, Cortez, São Paulo

KEMSHALL, Hazel (2002) *Risk social policy and welfare*, Open University Press, Buckingham

KRMPOTIC, Claudia (2002) «La identidad profesional frente a los nuevos datos de lo social», en Revista Regional de Trabajo Social, N° 26, año XVI

KRMPOTIC, Claudia; ALLEN, Ivonne, TONON, Graciela y Mónica DE LA FARE (1997) *La inserción actual de los Trabajadores Sociales en el mercado de trabajo*, Mimeográfica, Buenos Aires

LE GRAND, Julian (2003) *Motivation, agency and public policy*, Oxford University Press, Oxford

MARTINELLI, M. Lucia (1997) *Servicio Social: identidad y alineación*, Cortez, Sao Paulo

MAY, Todd y Michael BUCK (1998) «Power, professionalism and organisational transformation», en *Sociological Research Online*, vol. 3, N° 2. Disponible en <http://www.socresonline.org.uk/socresonline/3/2/5.html>

NOZICK, Robert (1993) *La naturaleza de la racionalidad*, Paidós, Barcelona

RODRIGUES, M. L. (2002) *Sociologia das profissões*, Celta Editora, Portugal

SANTOS, Boaventura de S. (2001) *A crítica da razão indolente. Contra o desperdício da experiência*. Vol. 1, Cortez, Sao Paulo

SCHUTZ, Alfred (1974) *Estudios sobre teoría social*, Amorrortu, Buenos Aires

TITMUSS, Richard (1997) *The gift relationship. From human blood to social policy*, The New Press, New York

YAZBEK, Maria C. (1999) «A Política Social brasileira nos anos 90: a refilantropização da questão social», Cuadernos ABONG, N° 3

NOTAS

-1- Me refiero a la Dissertação de Mestrado em Serviço Social, Universidad Federal de Santa Catarina, Brasil: «Profissões e identidades profissionais: um estudo sobre teorias e conceitos nas ciências sociais e no Serviço Social» de Gustavo Meneghetti, con la orientación de la Dra. Myriam R. Mitjavila (Marzo 2009); y a trabajos inéditos como: «Cualificación y articulación de saberes en Trabajo Social», Krmpotic, C; Allen, I. y R. Disanti. Informe Final de Investigación, Universidad Nacional de La Matanza, Marzo 2000; Cátedra Abierta, Krmpotic, C. (dir) Documento de Trabajo N° 1. «Condiciones actuales del ejercicio profesional en Trabajo Social», Universidad Nacional de La Matanza, Mayo 2001.

-2- Algunos precedentes de los propios movimientos sociales (como es el caso del movimiento piquetero en la Argentina, las organizaciones de los 'sin techo', etc.), o promovidos por las instituciones y sus programas sociales (como los operadores sociales, las 'manzanas', los promotores comunitarios o de salud, acompañantes sociales, gestores comunitarios, operadores de calle, etc.)

-3- En esta perspectiva se inscriben una serie de trabajos publicados en los últimos tiempos en torno del síndrome del burn-out, del stress laboral, etc.

-4- Lo que no debe interpretarse en un sentido utópico: puede no ser la opción más deseada, lo importante sigue siendo la elección personal y no la de otros.

-5- Esto debe ser contrastado con las condiciones locales del mercado de trabajo. Puede asumirse que en los países del Cono Sur el grado de salarización de los trabajadores sociales ha sido en general más significativo en comparación con la presencia de trabajo independiente.

-6- Es decir, un Estado entendido como la esfera en la cual todos los intereses encontrados de la sociedad pueden llegar a una síntesis, esto es, como el 'locus' capaz de formular metas colectivas, válidas para todos. En ese sentido, el nacimiento de las ciencias sociales no es un fenómeno aditivo al proceso de organización política definido por el Estado-nación, sino constitutivo del mismo, contribuyendo a la creación de una plataforma de observación científica sobre el mundo social que se quería gobernar. Siguiendo lo expuesto por Giddens (1999), las ciencias sociales conforman 'sistemas reflexivos' en la función de observar el mundo social desde el que ellas mismas son producidas.